

# Señoras diputadas, me dan vergüenza

Laura E. Asturias

Guatemala, 18 de agosto de 2008

De muchos hombres que lamentablemente son miembros del Congreso de la República, no así representantes dignos de nuestro pueblo, se esperaba que firmaran el infame “Libro Sí a la Vida” promovido en Centroamérica por el Opus Dei, al que llamo “el escuadrón de la muerte del Vaticano” porque lleva a cabo las políticas más sucias y carentes de ética de la “Santa” Sede. Todos esos diputados, además de ser una legión de ignorantes, son machos de la peor calaña (valga la redundancia), de modo que una conducta diferente, apegada a las realidades de Guatemala, no podía provenir de ellos.

Naturalmente, era de esperar que también firmaría el desdichado libro toda diputada bien alineada a los mandatos de su partido o fiel a sus propias convicciones religiosas. Y lo que se desprende de esa firma entregada al rancio fundamentalismo religioso es la profunda falta de solidaridad y el desprecio de ustedes tres, señoras diputadas, hacia las guatemaltecas tanto menos privilegiadas que esas otras cuyos días transcurren en el Congreso de la República al parecer sólo marcando el paso.

A una de ustedes tres la conocí hace muchos años. Fue un encuentro de una sola vez, en un edificio sobre la Avenida La Reforma, cuando llegué allí con una familiar suya por apenas media hora. La hoy señora diputada vestía ese día un camión y una vaporosa bata casi transparente. Estaba esperando a su amante, un hombre casado, poderoso, adinerado y muy bien protegido por guardaespaldas, a quien también conocí ese día. Estoy casi segura que esa relación no produjo un hijo, pues la señora diputada habrá sabido protegerse bien contra un embarazo, sobre todo en esas circunstancias. Me pregunto y le pregunto: ¿Cuánto más “especial” se considera usted (o, dicho en buen chapín, qué corona cree tener) frente a los más de cinco millones de guatemaltecas que en grandes porcentajes no pueden prevenir un embarazo no deseado porque, a diferencia de su propio caso, carecen de acceso a métodos anticonceptivos? Mujeres que cotidianamente son violadas por sus compañeros íntimos. Niñas y jóvenes que sufren violación a manos de familiares o desconocidos. Señora diputada: no soy nadie para juzgar la conducta que haya tenido o tenga como ciudadana común y corriente. Me tiene sin cuidado y no es de mi incumbencia. Todas somos libres de hacer con nuestra vida lo que queramos, un derecho que es tan suyo como mío. Pero en su calidad de funcionaria pública sí repudio la hipocresía de haber firmado un “libro de la vida” proveniente de un sector ultraconservador que, usted bien lo sabe, no habría vacilado en mandarla a la hoguera por lo que sus integrantes consideran, sólo en el caso de las mujeres, prácticas ilícitas, condenables y merecedoras del infierno.

De otra de ustedes tres recibí hace años, cuando ya era diputada, una extensa carta personal a raíz de uno de mis artículos de opinión, en el cual quise brindar algún apoyo a las diputadas del partido al que usted entonces pertenecía. En esa carta compartió conmigo varios de los problemas que enfrentaban las diputadas debido a las actitudes y prácticas sexistas de los hombres de ese partido. Señora diputada: hoy yo repudio su propia actitud y práctica sexista al haber firmado un libro que, más que condenar el aborto como “un crimen abominable”, condena a muerte a las mujeres más desfavorecidas de este pueblo que también a usted la vio nacer—un pueblo que ha sido testigo de las luchas que libró en el Congreso de la República cuando fue una diputada de quien las guatemaltecas podíamos sentir algún orgullo, figura que un día inspiró respeto a muchas personas en este país pero que se desvaneció tras los nefastos personajes que ahora son sus correligionarios. Qué paradójico, señora diputada, que las cosas parecen no haber cambiado en su vida a lo largo de estos años. Quizás lo único diferente ahora es que tiene una jefa (no un jefe) en el Congreso y es ella a quien hoy usted “se le cuadra”. Entiendo el borreguismo, pero por favor no se engañe: en el fondo no se trata del aborto. Su actitud sexista hacia las mujeres guatemaltecas nada tiene que ver con la interrupción de un embarazo no deseado: en el clásico estilo de quien se sabe carente de poder real en su propio partido político pero se empecina en pertenecer a dicho círculo, al firmar ese libro usted optó por ejercer un poder abusivo e insensible contra quienes verdaderamente no tienen ninguna medida de poder en una sociedad en la cual usted es tan privilegiada. Aunque esta vergonzosa iniciativa no consiguió más firmas que las de una tercera parte de sus homólogos, se evidencia la intención, con santurrón disfraz, de ocasionar daño a las mujeres de Guatemala, y créame que hemos tomado debida nota de su activa participación en infligirlo. Ahora, señora diputada, vea cómo reparará el daño que le hizo a esa mujer luchadora y valiente que algún día usted fue. Ésa es la otra traición con que deberá vivir desde ahora y estoy segura que a sus años sabe que la claudicación nos mira a los ojos cada día, con silencioso reclamo, desde el espejo.

A la tercera de ustedes no la conozco en absoluto, pero por su expresión de júbilo al momento en que firmó el “Libro Sí a la Vida” deduzco que lo hizo por ese fanatismo religioso que es el sello característico del Opus Dei. Un Opus Dei, señora diputada, en cuyas filas hay mucha gente con la cola machucada: madres y padres que procuran abortos para hijas que no han podido (como tampoco puede la mayoría de la gente normal) abstenerse de un encuentro sexual; hijas a quienes les falló un método anticonceptivo (si es que usaron alguno, contraviniendo los mandatos de sus progenitores y consejeros espirituales); hijas que han sido obligadas a tener relaciones sexuales por sus “santos” novios (también del Opus Dei) o que las han tenido por decisión propia (es bien sabido que dentro del fanatismo religioso no siempre se hace “lo correcto”, como también que muchos fieles católicos ignoran los dogmas impuestos desde el Vaticano y el púlpito, optando por vivir según los dictados de su propia conciencia—es decir, como dios manda). A usted no la repudio,

señora diputada, porque quizás sea la única que firmó ese libro con toda la convicción que es producto de su fe. Pero me da tanta pena que sea una de las pocas mujeres que ocupan un escaño en el Congreso. Las guatemaltecas merecemos mucho más que eso.

En resumidas cuentas: hipocresía, borreguismo, ejercicio abusivo del poder que se les ha delegado, fanatismo religioso... todo esto proveniente de diputadas a quienes les pagamos supuestamente para que nos representen con dignidad y apegadas a Derecho.

Habrán quienes pensarán que no se vale poner en la mira sólo a las mujeres diputadas que firmaron el “Libro Sí a la Vida”; dirán que entre mujeres debemos ser más solidarias y entender las razones que llevan a algunas a comportarse como ustedes lo hicieron, y probablemente yo misma recibiré críticas por decidir no ser “solidaria” ante esta afrenta. Lo cierto es que la mayoría de los diputados no tiene remedio y en sus casos estas líneas caerían en saco roto. Desde hace muchos años, Guatemala se encuentra de luto porque el Congreso de la República ha sido secuestrado, en buena medida, por hombres que le chupan la sangre a su pueblo sin el menor remordimiento, conducta que tristemente, como resulta obvio, está siendo copiada por algunas mujeres. Por eso las guatemaltecas hemos cifrado cierta esperanza en que el trabajo de aquéllas que han logrado llegar a ese recinto sea cuando menos un leve reflejo de nuestros anhelos y sensible a nuestras diversas realidades. Felicito a quienes han decidido conducir así su función parlamentaria, conscientes de que en ellas recae una responsabilidad hacia su propio género, hacia las madres, abuelas, hermanas, tías, hijas, nietas, sobrinas y amigas de todas, sin olvidar que éste es un pueblo donde también muchos hombres son oprimidos por otros más poderosos. Pero ustedes tres, señoras diputadas, al actuar como el más macho de los machos, son hoy una vergüenza para tantas de nosotras. Mi propio luto es por la pérdida de esa esperanza colectiva en los corazones de muchas mujeres. Sólo deseo, como de sus contrapartes masculinos, que tampoco ustedes se enquisten en el Congreso de Nuestra República, para que un día éste sea genuinamente la Casa del Pueblo y no el lucrativo casino en que lo han convertido.